

Prólogo

Cornalina

En 1982, durante el verano en que nací, los arqueólogos que excavaban un campamento de invierno vikingo en el tranquilo pueblo de Repton, en Derbyshire, encontraron una pequeña cuenta de color naranja entre los desordenados huesos de las casi trescientas personas que allí yacían, enterradas en una fosa común. Durante los treinta y cinco años siguientes, la existencia de esa piedrecita cayó en el olvido. Metida en una caja de plástico, esperaba a ser depositada en las profundidades del archivo de un museo o exhibida en una vitrina iluminada con brillantes luces, para que niños curiosos y padres aburridos se maravillaran con ella una tarde lluviosa de un domingo cualquiera. En 2017, esa cuenta llegó a mis manos, al menos de forma temporal. En ese momento, la tarea de desentrañar las historias de los muertos de Repton se había convertido en parte significativa de mi vida: había pasado media década examinando los huesos con minuciosidad forense, intentando recomponer la fragmentaria información de los informes patológicos y los análisis químicos para intentar comprender quiénes eran aquellas personas y de dónde venían. En aquel momento no lo sabía, pero aquella cuenta daría una dirección totalmente nueva a mi investigación sobre los vikingos y cambiaría de forma radical mis ideas sobre la época vikinga.

La encontré en un enorme recipiente hermético, entre cientos y cientos de bolsas, cajas y sobres, en los archivos de los artefactos de Repton. Un colega me lo había traído todo a casa la noche anterior y aquella mañana fui examinando sistemáticamente el contenido de las cajas para tener una idea general del trabajo

que había que hacer. Cuatro décadas de informes de especialistas, ilustraciones y registros de más de nueve mil objetos, descubiertos durante las excavaciones en los años setenta y ochenta, se me habían entregado en aquel momento a mí para que pudiera ayudar con la publicación de los archivos. Junto a todo este material se encontraba un gran número de artefactos que todavía debían ser analizados, dibujados y fotografiados en detalle antes de enviarlos al Museo de Derby. Las excavaciones de Repton cubrían más de mil trescientos años de historia y representaban un auténtico viaje a través del tiempo, desde los orígenes prehistóricos del yacimiento, los restos romanos y el monasterio anglosajón profanado por los vikingos, deteniéndose brevemente en el castillo normando y el priorato agustino, hasta llegar a la casa del párroco, iglesia y conocido colegio privado que existen hoy en día. Los objetos de aquellas cajas pertenecían a todos y cada uno de esos periodos: había broches esmaltados romanos junto a fragmentos de vidrieras medievales bellamente decoradas, y un cepillo de dientes de hueso del siglo XIX junto a un peine anglosajón. Me sentía como una niña a la que dejan sola en una juguetería después de cerrar.

La cuenta estaba empaquetada con cuidado en un pañuelo de papel y metida en una bolsa de plástico transparente. Su color anaranjado se acercaba al marrón; tenía aproximadamente un centímetro de largo y medio de ancho, con las esquinas muy bien cortadas y facetadas, y una superficie brillante y pulida. Aparte de unas muescas en un lado y un poco de polvo todavía metido en el agujero que la perforaba, la cuenta se encontraba en perfecto estado. Nada en su aspecto revelaba su edad: no sería de extrañar que uno pensara que era una pieza de bisutería del siglo XX. Me resultaba imposible saber lo antigua que era con tan solo mirarla. Saqué la tarjeta correspondiente de la bolsa, que incluía una serie de números, palabras y letras descifrables solo para los iniciados. En una excavación arqueológica, cada objeto queda meticulosamente registrado, y su contexto se documenta con precisión militar, de modo que sus circunstancias finales se puedan reconstruir décadas o incluso siglos después.

29.8.82, Tr8 3710, 703 [rodeado con un círculo], negro muy oscuro

La traducción de esos códigos a la lengua actual me indicó que se había encontrado a finales del verano de 1982, en la misma zanja que la fosa común, a cuyo análisis había dedicado seis años de mi vida. El número 703 rodeado con un círculo hacía referencia al contexto específico o capa en que se descubrió. La descripción del terreno, de un color muy oscuro, indicaba un contenido orgánico muy elevado, o en otras palabras, una zona muy rica en actividad humana. Me dirigí a la lista de ocho volúmenes de hallazgos de la excavación para comprobar si la cuenta se había encontrado junto a los victorianos, los vikingos o los romanos. La misma capa albergaba una gran variedad de artículos, incluido un fragmento de vidriera anglosajona, una pieza de hueso finamente tallada con un entramado que con toda probabilidad procedía de la cubierta de un libro sajón, restos de metalistería y fragmentos anodinos de hierro, pero nada fechado después del siglo IX. En otras palabras: la cuenta había sido encontrada entre lo que quedó de un terrorífico ataque vikingo, junto a los restos de las 264 personas que considero que fueron algunas de las víctimas de guerra del Gran Ejército Vikingo. ¿Por qué no había oído hablar nunca antes de esa cuenta?

Al mirarla más de cerca, vi la palabra «cornalina» escrita muy débilmente con bolígrafo en la parte superior de la bolsa. Mi conocimiento de ese material era un poco básico, pero ya la mera palabra sonaba exótica y emocionante. Buscando en internet, me enteré de que la cornalina es un mineral usado habitualmente como gema semipreciosa, una variedad del óxido de silicio más conocida como calcedonia. Estuvo de moda entre los vikingos a finales del siglo IX y a principios del X, pero originalmente procedía de la India o de las zonas que ahora se conocen como Irán e Iraq. Así, cuentas como esta demostraban la existencia de contacto con el califato islámico y con las vías comerciales que formaban parte de las Rutas de la Seda, antiguas redes comerciales que se extendían como venas a lo largo de grandes partes de Asia y Europa central. Era un mundo que yo conocía poco, pero que me parecía enormemente atractivo. Es bien sabido que la expansión vikinga a través del este de Europa y a lo largo de las rutas

comerciales llevó bienes de vuelta a Escandinavia, pero los vikingos que llegaron a Inglaterra se han considerado habitualmente un movimiento aparte. En los libros de historia, los mapas ilustran esa expansión con grandes flechas: hacia el este desde Suecia, hacia el oeste desde Dinamarca y Noruega. Repton no era una excepción. La interpretación aceptada de los huesos en los que yo había estado trabajando parecía encajar a la perfección con la narrativa tradicional de la época vikinga, es decir, que los noruegos y daneses que viajaban hacia occidente* a finales del siglo VIII atacaron salvajemente a los desprevenidos monjes de Lindisfarne en el 793, e iniciaron de paso la época vikinga y de las incursiones relámpago de las décadas posteriores. Estas se saldarían, en el siglo IX, con ambiciosas conquistas políticas y asentamientos. Esa motivación, se decía, era lo que había llevado al llamado «Gran Ejército», una fuerza militar activa en Inglaterra entre el 865 y la década del 870, a conquistar Repton y el reino anglosajón de Mercia en el 873. Una historia muy bonita, pero esa pequeña pieza de cornalina hacía que me preguntara si estábamos contemplando el panorama al completo. El consenso general ha sido siempre que las rutas comerciales del este representaron un papel muy pequeño en el relato de los vikingos occidentales. De modo que ¿qué hacía una cuenta de cornalina de Oriente Medio o Asia en el Derbyshire rural del siglo IX?

Mi papel en esta historia había empezado cinco años antes, una fría y ventosa mañana de enero de 2012, cuando viajé a Oxford en un Land Rover Defender prestado, pensado para unos viajes mucho más aventureros que aquel sencillo trayecto por la autopista. Iba a reunirme con dos hombres de renombre mundial. El primero era uno de los profesores de arqueología más eminentes de Reino Unido, cuyos galardones incluyen una condecoración como Comandante de la Orden del Imperio Británico por los

* En todo el libro, los términos «occidente» se usarán para representar más o menos la Europa noroccidental y partes del Atlántico Norte, mientras que «oriente» se emplearán para referirse a las zonas orientales del mar Báltico, los sistemas fluviales del este de Europa y Oriente Medio.

servicios prestados a la arqueología británica, y con un historial de excavaciones que lo convierte en un índice viviente de los mayores yacimientos arqueológicos que existen. El otro era uno de los guerreros vikingos de más infausta memoria en Inglaterra.

Estaba a punto de finalizar mi máster en la Universidad de Oslo, donde había estado estudiando la dieta y los patrones migratorios de los vikingos noruegos analizando sus esqueletos, y concluí que a) comían mucho pescado, y b) se desplazaban bastante, dos cosas nada sorprendentes. Unos meses antes, mientras buscaba un tema de investigación adecuado para mi tesis doctoral, uno de mis antiguos profesores de la carrera me había hablado del profesor Martin Biddle y el campamento vikingo de Repton. Quizá, sugirió, podría aplicar mis recién adquiridas habilidades forenses a las cuestiones sin resolver de los muertos de Repton, que Martin y su difunta esposa, Birthe Kjølbye-Biddle, habían desenterrado en los años setenta y ochenta. Martin, en su despacho de Oxford, era todo lo que, durante mi infancia en Noruega, había imaginado que sería Inglaterra (aunque, para mi gran decepción, no trabajaba en una institución estilo Hogwarts, con paneles de madera, sino en un edificio de cemento de los años setenta en Summertown). Cinco años después, mi doctorado estaba llegando a su fin, con los análisis de los muertos de Repton casi completos, cuando hallé la cuenta de cornalina.

Había algo en aquella pequeña cuenta que me fascinaba. El material, suave y casi translúcido; los picos cortados rectos; la forma facetada, con esos ángulos que parecían tan perfectos y modernos. No pude evitar obsesionarme pensando en todas las manos y las vidas con las que aquel objeto se había cruzado durante más de un milenio, incluidas las mías propias. ¿A quién pertenecería? ¿A quién se le cayó sin querer, o quién la colocó deliberadamente en la fosa común? ¿Cómo acabó aquel objeto en Repton y qué otros vínculos habría con oriente que no había considerado con anterioridad? ¿Podría ser este un nuevo descubrimiento importante? Determinadas partes de mi investigación sobre los huesos de Repton no encajaban demasiado en el relato tradicional. Y, en los últimos años, nuestro conocimiento sobre los vikingos en Inglaterra había empezado a aumentar de forma exponencial, sobre todo

gracias a los descubrimientos realizados por los detectoristas de metales, que rastreaban minuciosamente campos llenos de barro durante los fines de semana; hallazgos como, por ejemplo, monedas islámicas del siglo IX que aparecieron en medio de la nada. Junto con tales descubrimientos, ¿podría aquella cuenta diminuta demostrar que en la época vikinga hubo una conexión mayor de lo que antes pensábamos entre el mundo oriental y occidental? Pero, después de todo, se trataba de una sola cuenta. Estaba claro que un objeto como este no tenía la capacidad de alterar la principal narrativa histórica de una época, ¿verdad? Es improbable (aunque no imposible) que la cuenta hubiese viajado con una persona desde Asia a Repton. Así que, ¿cuál era la conexión, el denominador común que la había llevado a Inglaterra?

En este libro desando el viaje que creo que hizo la cuenta de cornalina hasta acabar en su último lugar de descanso, en Derbyshire, remontándome a su probable origen en Guyarat, en la India. Siguiendo el rastro de la cuenta, dejo deliberadamente a un lado partes del fenómeno vikingo como la exploración vikinga del Atlántico Norte hacia América del Norte y la compleja dinámica política de la Britania, Irlanda y Francia de la época vikinga. Esas historias ya se han contado numerosas veces, pero el movimiento escalonado hacia el oriente, en busca de conexiones específicas entre oriente y occidente, posibilita adoptar una perspectiva distinta sobre los vikingos. Mi enfoque aquí es el de la arqueología, trabajando primero y ante todo a partir de los objetos y restos que han quedado, y centrándome especialmente en los nuevos métodos científicos que están revolucionando nuestro conocimiento. A partir de todo esto, las historias descubiertas pueden entretorse en las ricas narrativas que tenemos gracias a otro tipo de pruebas, para rastrear a los pueblos que emigraron tanto hacia como desde Escandinavia hace más de un milenio en busca de riquezas, poder, aventura o, sencillamente, una nueva vida. Algunos lo hicieron de buen grado; otros no tuvieron elección. Ha sido esta forma de pensar la que me ha conducido al mundo de los reyes del río. Por el camino, hay una serie de

objetos que actúan como peldaños, representando cada uno de ellos un aspecto particular de la narración. Para cada objeto, empiezo con un supuesto sobre alguien con cuya vida podría haber interactuado: algunos son reales; otros, imaginarios. Dejaré que el lector decida cuál es cuál.